

OMASIS.

3

TRAGEDIA EN CINCO ACTOS.

TRADUCIDA AL CASTELLANO

POR D. J. F. P.

REPRESENTADA EN EL COLISEO
DEL PRÍNCIPE.

MADRID.

POR D. MIGUEL DE BURGOS.

Ayuntamiento de Madris

PERSONAS.

OMASIS.

RHAMNES.

SIMEON.

JACOB.

BENJAMIN.

AZAEL.

PHANOR.

ALMASIS.

ZAMÉ.

RUBEN.

NEPHTALI.

ISACAR.

La escena es en Egipto en el palacio de Faraon.

Llegaron los tiempos decretados por Dios en su justa cólera, y apareció en nuestro suelo el mas terrible de los fenómenos políticos. El terror ocupó entonces el asiento de la libertad social. La discordia civil dividió las familias: resplandecieron las venganzas, que señalaron sus víctimas, y la antigüedad y la costumbre, estos dos apoyos de todo buen gobierno, fueron proscritos por la ley marcial, que dictaba imperiosamente su voluntad en nuestras desgraciadas provincias. Algunos fueron entonces lo que no parecían; y muchos en su moderacion llevaron consigo los recursos de su tranquilidad, de la que gozaron en la persecucion donde los precipitó la calumnia. La integridad y la rectitud fueron los crímenes que en estos dias de sangre arrastraron á V. á su destierro, donde probó su resignacion dedicándose á una clase de estudios que al mismo tiempo yo, aunque no con mejor fortuna, ni con igual

suceso, estaba cultivando. Omasis ó el justo José, descrito en un poema dramático con todas las galas de la verdad de aquellos sencillos tiempos, detuvo mis miradas; y atraído del fasto trágico con que su sabio autor habia sacado del sepulcro á su héroe, emprendí su traducción para suspender mis males.

Quedó el público contento de esta obra quando apareció en la escena, en la qual, siempre atento á la marcha del suceso, y penetrado de su uniforme alusion con la de los personajes de la historia, identificaba con ellos sus sentimientos para desahogar los encerrados de su corazón, que entonces era un delito descubrir á nadie. Las lágrimas de Jacob por su bien amado eran en el pueblo español llantos de desesperacion por su adorado monarca. Los tiernos coloquios de José con Benjamin le recordaban el precio de aquella cordial dulzura que apenas habian gustado para estar mas inconsolables con su pérdida. Los beneficios que desde Menfis prodigaba á sus pueblos, atraían con mas ardor sus deseos hacia el tiempo de verlos imitados por su monarca restituído. La indulgencia con sus hermanos ingratos, la que habia de tener con sus vasallos débiles. Pero á la restitution de un hijo, llorado por perdi-

do en los brazos de un anciano, ocupado toda su vida de su memoria, el pueblo español olvidado de su gravedad, sollozaba de ternura, lisonjeado de una esperanza que no habia jamás abandonado, y de cuyo cumplimiento está gozando en posesion del que lamentaba perdido.

Tantas alusiones á los acontecimientos de nuestros dias: esta uniformidad de gustos en una misma eleccion de estudios, que la resignacion inspiró á dos desgraciados á tan largas distancias, me escusan la libertad de ofrecer esta honesta ocupacion de mi tiempo no á V. de quien, á solicitarlo, tal vez no hubiera obtenido el permiso, sino es á la constancia de sus virtudes, al mérito de sus obras, á la imparcial rectitud de sus intenciones cristianas, y á la afeccion particular con que los hombres de bien admiran su moderacion y su prudencia. Por mas que alguno haya significado la impaciencia de ver impresa esta tragedia, y por mas indulgente que sea la opinion que se tenga de su traduccion, no me hubiera determinado á publicarla sin este sentimiento de estimacion y aprecio al hombre sabio y digno que me he escogido por modelo, y á quien no me atrevo á fatigar con sus

Ayuntamiento de Madrid

*alabanzas. Si conociéndose V. en su re-
trato le llegase á consentir en su cora-
zon, éste sería el colmo de mi satisfac-
cion y el cabal premio de mi trabajo,
quedando de todos modos asegurado de
su generosidad, que no dexará de acor-
darme el honor de ofrecerme*

Su mas atento servidor

J. F. P.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

OMASIS Y AZAEL.

AZAEL.

Quando en este palacio donde todo
yace en el sueño sepultado, apenas
su luz descubre la naciente aurora,
una inquieta afliccion mal encubierta
que en secreto te aflige, y no concibo,
tus pasos de Azael, Señor, te alexan.
Este imperio, que Dios mira enojado,
en tí su apoyo tutelar encuentra;
pues el gran Faraon nuestro Monarca
á tí tan solo su poder entrega.
Todo á tus leyes obedece, y quando
un cielo sin piedad, sordo á las quejas,
lanzando su furor sobre nosotros
el fértil suelo á la escasez condena;
tus cuidados derraman en Oriente,
atormentado de mortal miseria,
los no esperados venturosos dones
de la fertilidad. Por la indigencia
cien pueblos oprimidos cada instante
cubren de Menfis las abiertas puertas,

y partimos con ellos la abundancia
que nuestras trojes recogida encierra.

Franco al triste están nuestros graneros.

Egipto al Orbe con su bien sustenta:

La hermosa y dulce Almasis prometida

á tu amor por su fé sencilla y tierna,

su ley tu voluntad será algun dia.

¿Y el llanto á tu pesar tus ojos muestra?

¿Quién puede conturbar tu inmensa gloria?

Rhamnes solo, Señor, Rhamnes se esfuerza

con su envidia culpable, de tu vida

feliz á oscurecer las altas prendas.

¿Osará conspirar contra mi dueño?

OMASIS.

Mis ojos su traycion ven con tristeza.

Celoso del poder que en mí el Rey cede,

sus tiros á mi honor oculto asesta,

y traydor me persigue. Sin embargo

si insensible á mi ruego se atreviera

neiciamente á oponerse á mis derechos,

yo sabré castigar su audaz demencia,

y un poder defender que de Dios tengo.

Mas cuidado mayor mi pecho altera.

Esta confusa turbacion que notas

es de mi dicha venturosa seña.

Dios sus miradas ácia mí dirige,

y el cielo escucha mi oracion sincera.

Hoy aquí mismo abrazaré á mi padre:

este anciano que mi amor con tiernas

lágrimas llama desde nuestros muros.

Jacob me ha dado el ser. Dime, ¿no llega

á tí su nombre respetable?

AZAEL.

El hijo

eres tú de Jacob? y esclavo.

OMASIS.

Espera.

Cautivo como tú por los contornos
 de estas extrañas plácidas riberas,
 en los secretos que de tí he fiado
 mi origen te oculté, mi nombre y tierra.
 Sabe pues, que infernal furia cegando
 de mis hermanos la razon con negra
 envidia desterró la paz del seno
 de la familia con su amor contenta,
 que aplacarlos intento, pero en vano,
 que á la voz interior los oidos cierran,
 y al odio abandonados aprisionan
 mis tiernas manos con la cruel cadena,
 vendiendo en precio vil, sordos al llanto,
 á un triste hermano que sus justas quejas,
 su amor por ellos y niñez tan solo
 las armas eran que consigo lleva.
 Por bárbaros á Egipto conducido
 á trabajos humildes me condenan,
 donde en desgracias con esfuerzo sufro
 sin desesperacion mi suerte adversa.
 Del cielo entonces descendió aquel sueño
 fatal que á Faraon del solio aterra,
 y que espantado de un presagio, en vano
 saber quiere de Dios la mente excelsa.
 De este sueño espantoso los misterios

impenetrables fueron á la ciencia
 de tantos agoreros allí juntos,
 que obcecando el Señor su razon necia,
 sus profundos y altísimos decretos
 á sus alcances limitados niega.
 Bien te acuerdas que en estos desgraciados
 tiempos de oprobio, de destierro y penas,
 el sueño penetré de un compañero....
 ¡Feliz si un sueño mis anuncios fueran!
 Mas mi labio al Señor explica, y muere
 Nabal en un cadahalso. Al punto llega
 de esta mi prediccion tan confirmada
 á palacio el rumor de lengua en lengua;
 y el Monarca concibe una esperanza
 mandándome llevar á su presencia.
 Del cielo allí inspirado al Rey anuncio,
 que despues de años siete de una extrema
 abundancia, á la tierra entristecida
 otros tantos estériles le esperan.
 Creyó pues mi consejo, y encargado
 por él en prevenir de Dios la excelsa
 cólera, de las mieses que ondeaban
 del fértil Nilo la feliz ribera
 con celo previsor las anchas trojes
 de tesoros inmensos dexé llenas.
 Despues que el cielo fiel á sus anuncios
 su furor vengador por fin despliega,
 mi socorro extendiendo en otros pueblos
 el curso suspendí de su indigencia:
 todos á Menfis á pedirme vienen.
 Quando unos hombres extrangeros llegan

pálidos á mi trono baxo el peso
 de sus dolores respirando apenas,
 y un oro que humedecen por su llanto
 con turbado semblante me presentan.
 A pesar de años quince de no verlos
 y de sus largas fúnebres miserias
 en ellos reconozco , Azael querido,
 de mis hermanos la indeleble seña.

AZAEEL.

¡ Justo Dios!

OMASIS.

 Mi destierro , mis desgracias,
 su misma enemistad, todo allí queda
 olvidado á su vista repentina;
 y sin mas atender á esta grandeza,
 cuya pompa orgullosa á un vil respeto
 á nuestra corte desdeñosa fuerza,
 iba á estrecharlos á mi pecho..... pero
 Dios que le ofende mi transporte muestra.
 Resuélvome á fingir, y les pregunto
 con semblante tranquilo en la apariencia,
 qué region les dió el ser: si baxo el techo
 de sus pasados juntos se conservan.
 Si del cielo la luz su padre vía.
 Supe de ellos despues por mi cautela,
 que en su rústico hogar el triste viejo,
 de gloria y de virtud antigua regla,
 á negros sentimientos entregado,
 el fin de su vivir miraba cerca.
 Mi entristecido corazon entonces,
 no pudiendo sufrir tan fatal nueva,

le quiso otra vez ver, amigo, y mando,
 (ocultando debaxo de una austera
 y circumspecta frente, de mi pecho
 la involuntaria turbacion inquieta)
 que Jacob circundado de sus hijos
 muestre sus canas en la egipcia tierra.
 Y en rehenes de la fé que me prometen
 Simeon y Benjamin en Menfis quedan.
 Benjamin la delicia y los amores
 de mi padre, en la corte viven cerca
 de seis meses cautivos.

AZAEEL.

Por ventura
 el triste Simeon que entre esas peñas
 cargado siempre de un furor sombrío
 huye de todos, nuestro amor desprecia;
 y el dulce Benjamin....

OMASIS.

Son mis hermanos.
 Este esplendor que ves que me rodea:
 la púrpura y el oro; y este nombre
 de Omasis que me dan en las riberas
 del Egipto, y la tez que marchitaron
 de estos climas la cálida inclemencia,
 todo oculta á José; y en el palacio
 donde yo habito su mansion encuentran.
 Invisible á los dos, á los dos veo
 á cada instante. La corte, la grandeza
 sometida á mis órdenes, iguales
 á ellos les habla, amigos los aprecia.
 En estos hijos de Jacob extraños

á nuestras leyes, baxo la apariencia
de sencillos y rústicos vestidos,
escondida circula sangre régia.

El obediente Abraham que en otros tiempos
mereció hacer con Dios alianza eterna,
Abraham, mi abuelo, de Canaan los campos
por su tesoro peculiar les dexa.

Lejos del Nilo reynan. ¿Mas pensáras
que á pesar del honor y las grandezas
con que sus hierros aliviar procuro,
los dulces campos de su hogar aprecian,
de Dios queridos, donde sus pasados
todos vivieron en la independencía?

Hasta este instante con llantos deseado
hablarles resistí porque pudiera
descubrir mi secreto. Ultimamente

Jacob á Menfis con sus hijos llega;
y darle á Benjamin la nueva quiero;
aunque de hablarle nuevo fin me lleva.

De mí se esconde Simeon; me teme,
y acaso á Benjamin de su tristeza
habrá podido descubrir la causa.

Yo este misterio penetrar quisiera.
Si ser pudiese ¡oh Dios! qué un generoso
remordimiento saludable hiciera

que en su obstinado corazón la suerte
del vendido José compadeciera!

¡Si llorára á su hermano! ¡Si abjurase
el odio criminal, qué dulce fuera
para mí terminar su cruel congoja!

y calmando el dolor que le atormenta!

olvidar una culpa, por sus llantos
tan lisongeros para mí, desecha.

AZAEEL.

Rhamnes viene, Señor.

ESCENA SEGUNDA.

Dichos, RHAMNES PHANOR.

OMASIS.

Príncipe, el día
por el Monarca señalado llega
en que del régio y plácido himeneo
los regocijos públicos se aprestan;
mas quando la eleccion en mí de esposo
tu hermana quiso hacer amante y tierna,
y ya los lazos de la sangre á unirme
contigo se apresuran, tú despiertas
ese injusto furor tanto, que ignoro
el mal que contra mí tu rostro muestra.

RHAMNES.

¿En mí sospechas? ¿de traycion presumes?

OMASIS.

Bien sospecharlo con razon pudiera,
y mi pecho afligido por tu odio
hallando culpa en tí se estremeciera.

RHAMNES.

Con mas justa razon yo de tus dudas
me pudiera ofender, quejar debiera.

OMASIS.

Olvidarlo sabré todo, y amarte

como á mi hermano; pero no tus quejas
me obliguen sin querer á ser severo.

ESCENA TERCERA.

RHAMNES PHANOR.

RHAMNES.

La esperanza perdí: los dioses prestan
su favor á este audaz, que ya me insulta.
Mi vergüenza, Phanor, está resuelta:
el poder absoluto del Rey habla,
y mis labios sus pies en vano besán
queriéndome librar de esta ignominia.
Mas nada basta, su palabra empeña,
y mañana verás á este himeneo
fatal sacrificar la ilustre ofrenda.

RHAMNES.

¿Quién usurparte puede tus derechos?
¿Desde quando, Señor, naturaleza
al hombre subyugó? Que así á tus miras
contrario ó favorable el mundo sea
¿no eres hermano de la bella Almasis?

PHANES.

Pasó el tiempo, Phanor, de mi grandeza;
y aquellos dias que Faraon contento
de su propio esplendor y de la excelsa
pompa que sigue la diadema, ornaba
mi régia sien la autoridad suprema.
Espantando á los crédulos un sueño
me roba el premio que esperar debiera.

Un esclavo en la corte se aparece,
 y con fingida fementida ciencia
 que supo aparentar, del temeroso
 Monarca subyugó la vil flaqueza,
 y arrojado del puesto merecido
 sin los honores que mi sangre hereda,
 de su prosperidad testigo, escondo
 la hiel que el pecho por mostrar rebienta.
 Mas sufriendo me cubro de ignominia.
 Todavía es tiempo; mi venganza llega,
 y mañana tal vez solo un Monarca
 ceñirá en Menfis la imperial diadema.

PHANOR.

¿Te ofrecieron su fé los conjurados?

RHAMNES.

La mitad de la corte fiel se presta
 sometida en secreto á mis designios,
 y no obstante no sé qué oculta fuerza
 estorbó tanto tiempo mi venganza,
 y á Omasis me impidió que el golpe diera.
 El traydor embelesa al vulgo ciego.
 El número de pueblos que sustenta,
 nacidos para humilde servidumbre,
 sea cobarde temor ó afecto sea,
 próclaman su piedad, y satisfechos
 baxo un cruel yugo de soberbia alientan.
 Los príncipes y grandes mis furores
 y mis proyectos de venganza aprueban;
 mas el vulgo numeroso ó duda,
 ó débil calla, ó indeciso tiembla.
 Solo de ellos obtuve un juramento,

y otro garante mi rencor desea.

Tú bien conoces á Simeon; no ignoras su extraña condicion, su cruel fiereza, y éste al designio que medito asocio.

PHANOR.

¿Dicha, vida y honor poner intentas en los socorros de ese vil esclavo?

RHAMNES.

Este esclavo, Phanor, que menosprecias, puede solo prestarme un favorable apoyo, porque sé con evidencia á qué riesgos tan ciertos y terribles mi suerte expone la dudosa empresa.

Si por fatalidad llegar no puedo al fin que aspira mi ofendida diestra, precisado á una fuga por los vastos recintos de este imperio, no habrá tierra distante que esconderme del astuto poder de Omasis irritado pueda.

Simeon es un gefe de estas tribus agrestes que el Jordan esteril pueblan, que ya guerreros ó pastores suelen domar caballos, conducir ovejas.

Así con él aliento y aseguro en Canaan un asilo en mi defensa; y si descubren mi fatal proyecto, veloz me parto, y á la oculta breña del desierto me siguen mis tesoros.

PHANOR.

Pero piensas que fiel á tus ideas sabiendo Simeon tu augusto empeño...

RHAMNES.

Hace ya tiempo que entre ocultas penas
 detenido en palacio, al autor fiero
 de su cautividad larga detesta.
 Algunas veces cauteloso supe
 nutrir de su rencor la gran violencia;
 y espero que decidan sus furoros
 un nuevo caso que escuchar no espera.
 A una sola palabra que le diga,
 prosternado á mis pies lo veré en tierra;
 yo he sabido que combate en vano
 un insensato amor que le atormenta.
 Por mi hermana se abrasa.

PHANOR.

Por Almasis?

RHAMNES.

Con dolo quiero fomentar su idea,
 puesto que Simeon piensa que puede
 sin audacia elevarse á mi grandeza.
 De ser esclavo vive avergonzado,
 y su ardorosa condicion inquieta
 de no sé qué elevada y digna sangre
 su orgulloso esplendor noble releva.
 De los Reyes primeros que vió el mundo
 descendiente feliz se lisongea;
 y acaricio el error presuntuoso
 en donde funda su esperanza necia.
 Yo aspiro á su socorro, y por lograrle
 mejor su frenesí mi voz alienta
 de un porvenir glorioso... pero amigo
 no juzgues que mi debil indulgencia

el juramento que dictó una justa
 venganza cumpla con lealtad. Que hiera;
 y su brazo proteja mis esfuerzos,
 que entre los muertos su salario espera.
 Aquí debe venir como he mandado.
 Ojala que á mi voz arme su diestra
 contra el vano traydor, y descubriendo
 á mis ojos el triunfo que está cerca,
 la corona de Menfis.... ¿Mas qué miro?
 Retírate Phānor, que ya se acerca.

ESCENA CUARTA.

SIMEON Y RHAMNES.

SIMEON.

Presuroso á cumplir el órden tuyo
 vengo sin mas tardar á tu presencia.
 ¿Qué esperar puedes de Simeon? Cautivo
 en este real palacio que me encierra
 alivió alguna vez piadosamente
 el peso tu bondad de mi cadena.
 ¿Puedo en mi estado deplorable darte
 de gratitud, Señor, alguna prueba?

RHAMNES.

Si el cielo, impenetrable á los mortales,
 en mi mano el poder dexado hubiera
 mis favores sin fin y beneficios...
 la ventura y la paz dulce te dieran.
 Pero el noble esplendor de mi gran nombre
 es solo para mí vana apariencia.

Otro el árbitro es; otro es el dueño
de este imperio que cruel goza y gobierna.
El destino protege sus proyectos,
y á sus pies todo á Omasis se prosterna.
Sin embargo esta corte que un ministro
andaz ultraja, enyanecido presta
en secreto favor á mis rencores.
Exceso tal de autoridad lamentan,
y todos prontos á vengar el trono
la primera señal tan solo esperan.

SIMEON.

Por un órden funesto en Menfis preso
tengo el derecho de gemir: no resta
mas consuelo á mi mal.

RHAMNES.

Quien baxo un yugo
opresor llega á estar, se arma y se apresta
del noble orgullo que virtud inspira.
Egipto para tí la patria sea.
Yo la tranquilidad darte pretendo.

SIMEON.

¿Pues qué esperas de mí?

RHAMNAS.

Todo, si piensas
ayudar los designios meditados
que por tí mi veinganza oculta intenta.

SIMEON.

¿Por mí?... ¿Por un esclavo?

RHAMNES.

¿Por ventura
naciste para serlo? No: parezca

libre á mis ojos tu rencor profundo.
 ¿No es Omasis la causa de tus penas?
 ¿No soberbios desprecios recibiste?
 ¿Pasados ya seis meses que severas
 órdenes de los campos habitados
 de tus hermanos sin piedad te alejan,
 desde la cima del poder que usurpa
 sobre nosotros, se dignó su fiera
 condicion descender hasta tí un punto:
 y extendiendo en tu mal humana diestra,
 corregir á lo menos la injusticia
 de tu destierro, que á tu honor atenta?
 Lastimado yo solo de tus llantos,
 destino mas feliz darte quisiera,
 y el segundo lugar próximo al trono;
 pero es preciso que la cruel demencia
 de Omasis castigada.... Sí; de Omasis,
 que tanto te aborrece....

SIMEON.

Su inclemencia
 en mi suerte derrama la amargura,
 el duelo y la afliccion: decirlo es fuerza.
 La vez primera que le ví, imprevisto
 temor la sangre por mis venas hiela.
 Pálido á mi pesar quedé á su vista
 y el grave acento de sus ecos llena
 de negra turbacion inexplicable
 mis trémulos sentidos. Su presencia
 á un tiempo me atormenta y me importuna.
 El fasto de su séquito y grandeza
 ofende mi infortunio, y no me es dado

quejarme libremente... ¡Ah, si pudiera
de este odioso palacio separarme!

RHAMNES.

Esa esperanza pierde que te alienta.
El ministro que altivo nos insulta
sabe echar al que es libre la cadena;
mas no dar libertad al que está preso.
Quiero decirte mas; Omasis piensa
á tu mal asociar víctimas nuevas.
Él ha proscrito tu familia entera,
pues llamando á tu padre á estas regiones...

SIMEON.

¡De qué espantoso horror mi mente llenas!
Jacob, un viejo digno de su estirpe,
que hasta aquí solo á Dios por Señor cuenta,
lejos, sin esperanzas de los campos
que le han visto nacer, al fin viniere
de sus años á humillar la gloria
de su nombre y sus canas... ¡Si así fuera...!

RHAMNES.

Tú podrás libertarte de ese ultrage;
castigar á ese vil que te encadena,
y cargarle del ominoso peso
de la ignominia que á Jacob reserva.
Menfis nos pide su venganza: entrambos
por servirla marchemos con presteza.
Cúmplanse mis designios soberanos,
y entonces forma altísimas ideas.
Todas te ofrezco ver cumplidas.

SIMEON.

¡Todas....?

El Egipto conoce y se lamenta
 de tus desgracias: sí, todos sabemos
 qué antecesores tu prosapia cuenta.
 Que en los campos de Hebrón, donde sus leyes
 florecieron con bondad paterna,
 el Patra independiente igual á un Rey
 su hogar tranquilo por el campo lleva.
 Mas mi esperanza trasladé á tu pecho:
 un generoso ardor mi voz te presta.
 Los ruegos escuché de mis amigos,
 solo tu apoyo falta á nuestra ofensa;
 y en este exceso de fervor que siento
 mi espíritu animar, voy con presteza
 el instante á fixar que salvar debe
 el imperio del cruel que lo gobierna.

ESCENA QUINTA.

SIMEON.

¿Qué me ha propuesto? ¿Si le habré entendido?
 ¿Mi dicha ha de volver por sus finezas?
 Y momentos mas dulces y serenos....
 ¡Ah necio! me engañé: Quién? Yo? ¿Pudiera
 á este precepto bárbaro asociarme?
 He sido criminal, y aun serlo es fuerza.
 José mi hermano fué... ¡triste memoria!
 ¿No he sido, justo Dios, quien á sus queexas
 sordo, llegué á vender á un Ismaelita
 su tierna juventud? Hoy por su mesma
 familia abandonado en otros climas,

(si no sus ojos ya la muerte cierra)
 hostia inocente baxo hierros, llama
 llorando el rayo sobre mi cabeza.
 Testigo el cielo fué de mi delito,
 y su justo furor mi pecho entrega
 á un atroz inmortal remordimiento.
 Desde entonces sufriendo la miseria,
 precisado á negarme á los álhagos
 de un padre, cuya paz mi culpa altera,
 haciendo á los desiertos confidentes
 de mi llanto, inquietud y amarga pena,
 he pedido á la muerte.... La cruel muerte
 del culpable al clamor siempre se niega.
 Egipto, Arábia mi dolor conocen;
 por todo arrastro mi fatal cadena.
 ¡Tan pocas eran, ah, mis aflicciones
 que mi herida irritar amor debiera!
 Si por mí su intencion Rhamnes consigue,
 yo veré (dixo su impaciente lengua)
 cumplidas las que á mí me pertenecen.
 Entonces colocando hasta la excelsa
 fortuna de su hermana mi esperanza.
 Almasis.... pero no, nunca la vea;
 y llamando la paz á este abatido
 ingrato corazon, lleno de penas,
 conservemos si es posible siempre
 un firme resto de virtud sincera.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

ALMASIS. ZAME.

ZAME.

En fin se acerca el venturoso día
en que debe brillar la pompa excelsa
de tu grato himeneo en estos muros,
donde el sagrado cántico de treinta
naciones llaman los benignos dioses
de Almasis á la dicha. Si: desecha,
que ya es tiempo, tu cruel melancolía,
y el amor que te da la suerte aprecia.

ALMASIS.

Tú la esperanza que me anima sabes,
y quanto á Omasis adorar yo deba.
Mas despues de algun tiempo, solitario
ignoro qué deberes ó qué empresas
le apartan de palacio; si á mí vuelve,
aunque sus ojos su pasión me muestran,
oculta turbacion involuntaria,
que en el ánima nace, á mi presencia
de su llama amorosa le distrae.
El mirar espantoso, la aspereza
del fiero Simeon, este extrangero

todo le ocupa y de afliccion le llena.
 Habla de un viejo, de mejor destino,
 y algun misterio su pesar encierra.
 No lo pienso decir porque zelosa
 sospecha insulte con pasion inquieta
 el mortal que ha de ser mi esposo. Almasis
 no puede descender á tal baxeza.
 Sí tan solo porque triste presagio
 ocupa mi pensar, y esta halagüena
 esperanza que tanto me envanece
 de duelo cubre mis miradas tiernas.
 Un oscuro y fatal presentimiento
 de congoja mortal y ansia me llena.

ZAME.

Desprecia ese temor... ¿Qué temer puede
 (quando el gran Faraon su eleccion mesma
 ha prevenido) la adorada amante
 del dulce Omasis, la que en Menfis reyna?

ALMASIS.

Plegue á los dioses que mi estirpe causa
 de discordia y rencor tal vez no sea.
 El sublime esplendor de mi alto origen,
 á mi afligido corazon aterra,
 y á ser mi nacimiento mas oscuro
 mas venturosa por fortuna fuera.
 ¡Ah, si me fuese dado despojarme
 de esta pompa que al trono está tan cerca!

ZAME.

¿El favor menosprecias de tu suerte?

ALMASIS.

A Omasis veo no mas.

¿No satisfechas
están tus esperanzas y deseos?

La bondad tutelar de un rey que aprecia...

ALMASIS.

Mi suspirada union próxima inflama
del colérico Rhamnes la demencia.

En vano para ver con justo asombro
del salvador de Menfis la grandeza,
tiene los ojos de la triste Almasis
el ancho Egipto, la universal tierra.

En vano el infeliz (cuyos continuos
llantos su mano bienhechora seca
para así someter los corazones)

armas á su poder benigno presta.

En vano todos le bendicen; solo
mi hermano á tanto amor el oído cierra.

Él solo injurias le prodiga, y nada
omite porque yo perjura sea.

Nada me importa pues; fiel seré siempre;
sus derechos tendrá naturaleza;

mas los suyos tambien el amor tiene.....

Él llega: ¡cielo! su altivez modera.

ESCENA SEGUNDA.

RHAMNES, ALMASIS, ZAME.

RHAMNES.

¿Me es concedido llamarme todavía
hermano tuyo? y la razon, princesa,

tomando su poder sobre tí, debe
 á la ley subscribir de mi prudencia?
 En la tumba irritados mis abuelos
 se estremecen; y yo junto mis quejas
 á su justo inmortal resentimiento.

El rigor de la suerte que me afrenta,
 y me persigue cruel combate y vence;
 ármate del orgullo y la grandeza
 que conviene á mi hermana; y despreciando
 la mano de un traidor que con mi afrenta...

ALMASIS.

Quien un silencio tan culpable guarda,
 pretende acariciar la misma ofensa.

El respeto, ó tal vez un pudor justo,
 el ardor te ocultaron de esta hoguera
 en que el alma se abrasa. Quando el Rey
 mi destino arreglar queriendo, ordena
 (tú presente) que yo mi mano entregue;
 dado todo al rencor y odio, pudieras
 bien persuadirte que tu hermana, solo
 ley con su padre tuvo de obediencia.

Cesó ya el tiempo de fingir; Omasis
 me ha sabido agradar. Mi fé sincera
 será de su virtud el digno premio.

RHAMNES.

¿Sin los lazos mirar que á tí me estrechan
 tu insensata pasion tal dueño elige?
 ¿Te olvidas quiénes tus pasados eran?
 ¿Que en Egipto otro tiempo fueron Reyes?
 ¿Que nuestra stirpe real que menosprecias
 y deshonoras asciende hasta los dioses

adorados del Nilo y sus riberas?

Un error contra tí tan grave abjura.

¿Ese audaz, puede ser, que aquí detestan
cegó tus ojos con su fausto vano?

Esclavo al seno de esta corte llega
donde la gracia de un Monarca docil
á lo mas alto su baxeza eleva.

Nuevo capricho derribarle puede,
¿Pero el puesto orgulloso en que se encuentra
no á Rhamnes pertenece? ¿Y tú prefieres
de ese traidor la gloria y la grandeza
al nombre y gloria de tu hermano? ¿Y osa
confesarme tu amor tu frágil lengua?

ALMASIS.
¿Que me importa su sangre ni su origen?
Yo su gloria no mas miro, y la alteza
de adonde brilla su esplendor. A Omasis
sus virtudes le sirven de ascendencia.

Estos pomposos altos monumentos
alzados á su voz; la subsistencia
de las naciones á su afan debida,
y el respeto de Menfis que le cerca,
son sus abuelos, su corona y timbres.
Uniéndome con él, amante y tierna
por el mas sacrosanto nudo adquiero
todos los votos que gustosos prestan
á su noble virtud el Rey y el pueblo.
Mucho mas ¡ah! Señor, decir pudiera;
Él te colma de honor: tú le persigues,
y el cielo á quien implora entre sus quejas
en su dulce esperanza le escuchára,

si tú obstinado tu amistad le niegas.

RHAMNES.

Conoce mi rencor... Que me maldiga,
Mas que alejando de tu cumbre excelsa
todo culto rendido, que me escuse
la mas vil para mí de las afrentas.

ALMASIS.

¿Yo reusar de su fé sincera el culto?
¿Renunciar á esta union que el Rey desea,
Yo, señor....? Eso no.

RHAMNES.

Ríndete al llanto
con que este imperio por mi voz te ruega.
Por la postrera vez mi orgullo herido
á la hermana de Rhamnes se presenta.
Nada mas ya contigo á detenerme
será posible: Adios: hoy mismo ordena
los regocijos que tu union celebren.

ESCENA TERCERA.

ALMASIS, ZAME.

ALMASIS.

¿Qué designio será, Zame, el que piensa?

ZAME.

Todo de su furor temerse debe.

ALMASIS

Temo que Omasis sorprendido sea.

ZAME.

Del Rey los ojos velan en su guarda.

ALMASIS.

¿Pero mi corazon en esta incierta
 esperanza encontrar sabrá el reposo?
 Apartada de Omasis, y en su ausencia
 todo se puede osar. A mí me toca
 los lazos descubrir que se le tiendan,
 y el amor perspicaz atento siempre....
 Mírale aquí llegar, Zame.

ESCENA QUARTA.

OMASIS, ALMASIS, ZAME.

OMASIS.

Princesa:
 El cielo justo en fin dándome grato
 su socorro y favor benigno dexa
 de oponer mas estorbos á mi dicha.
 Ya impaciente el Egipto la hora espera
 donde en el templo el júbilo sagrado
 que preparado está.... ¿Pero qué inquieta
 turbacion en tus ojos apercibo?

ALMASIS.

¡Ah! ¿Nada tienes que á los cielos puedas
 pedir en tu favor?

OMASIS.

De qué proviene...?

ALMASIS.

¿Es posible, señor, que en quanto alienta
 la vida y la razon, tus beneficios
 un imperio y poder igual no tengan?

Quando tanta virtud y augustas leyes
 el derecho te dan á la mas tierna
 gratitud de los hombres: quando reynos
 tan apartados del Egipto llegan
 á estos muros á buscar la imagen
 de sus dioses en tí, como en la negra
 oscuridad ingratos, turbadores
 de la paz.... Ya aquí ves la recompensa
 que á tus bondades y piedad se guarda.

OMASIS.

Rhamnes solo (bien lo sé) condena
 mi esperanza legítima.

ALMASIS.

Su alma
 al delito jamas se halló dispuesta.
 Loco orgullo le pierde, y nuestra llama
 pretende disipar.

OMASIS.

¡Que no me fuera
 permitido llenar de sus intentos
 la profunda ambicion! ¡Que no pudiera
 transnitar del poder el peso enorme
 al gusto y al placer de su impaciencia!
 Pronto ceder me viera á sus deseos,
 mas contento en prestar grata obediencia
 que dichoso en mandar. Sí, me aborrece.
 Nuestro amor desarmar sabrá la ciega
 rencorosa pasion de su odio injusto.

ALMASIS.

¡Como los sustos de mi amor sosiegas!
 Puede ser (lo confieso) que en un punto

pase mi corazón con ligereza
 de un temor á la muerte parecido,
 á una esperanza mas feliz. Yo mesma
 me acuso á solas de mi incertidumbre.
 Te miro, escucho, y el amor me ciega.
 Una palabra de tu boca endulza
 los males todos de mi amarga pena:
 Mas quando tantos beneficios siempre
 te ha debido mi amor, en recompensa
 ¿no puede Almasis ser depositaria
 de este secreto que tu pecho encierra?
 ¿Qué extranjeros son estos que te afligen?
 y este anciano respetable....

ALMASIS.

Hoy llega:

Dentro de un hora puede ser: Si es cierto
 que en la dicha de Omasis te interesas
 bendice tú conmigo esta ventura.

ALMASIS.

Qué incognita emocion? Qué oculta muestra?

OMASIS.

¿Hay en el mundo un pueblo tan agreste
 que no admire á Jacob, que no le ofrezca
 culto de admiracion? Israel le llaman
 en Canaan y en Horeb; la gran prudencia
 de sus pasados y santos aliados
 del cielo, conoció toda la tierra
 estendida en Oriente edades largas.
 De sus nombres la gloria al tiempo llega
 de la infancia del mundo y de su cuna,
 y Jacob digno gefe de su inmensa

posteridad de Dios vivo recibe
 la régia autoridad que hasta hoy conserva.
 Mi esperanza mas amada pronto
 él mismo colmará; pues que no espera
 nuestra dichosa union mas que su vista.
 A él toca bendecir con santa diestra
 este instante solemne; y que sus ojos
 sobre nosotros el Señor detenga.

ALMASIS.

¡Como á este encanto lisongero el alma
 de sí olvidada toda se enagenal
 De tu vista me aparto con disgusto,
 pero es mi obligacion quien me lo ordena.
 A impedir los designios voy de Rhamnes.
 Su rencor á mis llantos tal vez ceda.

ESCENA QUINTA.

OMASIS.

¡O eterno Dios de Abraham! Dios de mi padre
 permite á tu José que aun se contenga!
 En la esmaltada púrpura y el trono
 donde tu voluntad, Señor, me sienta,
 mis votos miras, mi esperanza sabes,
 y con qué sinsabor la faz molesta
 de mi destino, sufro en estos climas
 condenado al poder y á su cadena.
 Tú conoces que el único deseo,
 al qual mi corazon todo se entrega,
 es el ver disfrutar de mi ventura
 á mi familia. Benjamin se acerca,

segun el órden que le dí. Sepamos,
 sin que mi franco corazon me venda,
 hablarle y escucharle gravemente.
 ¡O amado Benjamin! ¡querida prenda!
 Nunca en la casa paternal tu alhago
 fraternal consoló mi triste pena.
 En el tiempo fatal de mis desgracias
 la luz del claro sol podian á penas
 tus párpados mirar recién nacidos.
 Este mi hermano es.... ¡O fiel terneza!
 ¡O penosos combates! ¡Que he de verle,
 y no en mis brazos estrecharle pueda!

ESCENA SEXTA.

OMASIS. BENJAMIN.

OMASIS.

Llégate, Benjamin,

BENJAMIN.

Señor!..

OMASIS.

El cielo
 tu ardiente ruego próspero compensa
 volviéndote á tu padre: Ya he sabido
 el compasivo amor que le profesas.
 A verle llegar vas.

BENJAMIN.

¿Sera muy pronto?

OMASIS.

Antes que terminar la tarde veas.

El Dios que sirves el cuidado toma
de conducirle en paz á estas riberas,
y he querido por mí darte el aviso.

BENJAMIN.

Qué gracias ¡ó Señor! darte debieran.
¡No soy el solo yo cuya esperanza
reanima tu favor! Sí: la presencia
de Jacob como un astro muy propicio
pondrá al tormento fin que tanto altera
la quietud de un hermano desgraciado.

OMASIS.

¿Y el vasto imperio que Faraon gobierna,
la pompa y esplendor de nuestra corte
no le puede apartar de su tristeza?
¿Ni al menos suspender por un momento
sus solitarias y continuas penas?

BENJAMIN.

Su inquieto corazón busca un reposo
que no puede lograr en su dolencia.

OMASIS.

Puede ser le persigan las memorias
agradables y dulces de su tierra,
baxo un cielo estrangero y en el seno
de un palacio en el qual vive por fuerza.
¡O que terrible es verse desterrado!
¿Pero qué males tanto le atormentan?

BENJAMIN.

No lo sabré decir.

OMASIS.

¿Desde qué tiempo
la señal del dolor su frente muestra?

BENJAMIN.

Tampoco yo lo sé; porque aun no abierto
habia los ojos en mi edad más tierna
quando ya mi hermano Simeon estaba
cansado de sufrir. Solo se cuenta
que nació su dolor el mismo día
que de un hermano me privó mi estrella.

OMASIS.

¿Un hermano os quitó? Por qué desgracia?

BENJAMIN.

Diéronle muerte las hambrientas fieras.

OMASIS.

¿Fué su nombre....?

BENJAMIN.

José.

OMASIS.

¿No hubo socorro,
ni apoyo alguno que en edad tan tierna
llegára á defenderle? Estas curiosas
dudas aclara, Benjamin; no témas.

BENJAMIN.

Cubría el cielo el velo de la noche,
y errando desde el alba entre las breñas,
nuestros ganados tímidos no hallaban
el redil protector que los espera.
Jacob temblaba por sus hijos; pero
José, que apoyo de sus años era,
y que siempre á su lado retenía
su juvenil edad y su inocencia:

“A la Aurora, le dixo, padre mio,
”salgo al desierto para hacer que vuelvan

» pronto los hijos de la anciana Lia,
 » de tu paterno amor queridas prendas.
 » Decirles sabré yo vuestros temores,
 » y el triste llanto que á su larga ausencia
 » está dando Israel.» Dixo, y al monte
 sale primero que su intento sepan.

Ya brillaba el carmin de la mañana,
 y el viejo ansiaba la esperada vuelta;
 pero al hora abrasada en que el sol pone
 á su luz y calor la mayor fuerza,
 desfigurados, pálidos, cubiertos
 de copioso sudor, la sangre yerta,
 del ganado seguidos mis hermanos....

¡O dolor! Simeon que la voz lleva
 de los otros, con mano mal segura
 una sangrienta túnica presenta
 al anciano Jacob. Era la ropa
 de José, que perdido entre las breñas
 del desierto, los monstruos inclementes
 devoran crueles, y sus miembros siembran.
 Era yo entonces niño, y no sabía
 por qué los llantos que miraba fueran.
 Mas quando mi razon aclaró el tiempo,
 hirióme el duelo que en mi casa reyna.

OMASIS.

¡En qué poco tuvísteis, inhumanos,
 ultrajar á la gran naturaleza!
 A su delito añaden la impostura.
 ¿Y el tiempo alivia de Jacob las penas?

BENJAMIN.

Antes aumenta su dolor secreto.

De su casa la dicha y paz se alexan.
 Connigo solamente sufre y llora
 la triste muerte de su amada prenda,
 y mis cariños dóciles continuos
 en su eterno sentir no le consuelan.
 ¿Qué digo? Mis miradas, mi semblante,
 mi language, mi voz, todo le acuerda
 la imagen de José su bien amado.
 Nuestras trémulas manos la honda cueva
 para su lecho fúnebre cabaron,
 inútil monumento, mas que riegan
 con gemidos y llanto nuestros ojos.
 A la sombra y al pie de las palmeras,
 en el tranquilo valle, antes tan fértil,
 y ahora esteril, allí su punta eleva,
 y cubierto Jacob de polvo, pide
 su hijo á la pira sepulcral desierta.

OMASIS.

Yo el dolor calmaré que á su alma aflige.
 En esta corte su vejez la puerta
 hallará de un asilo. Tus hermanos
 unidos á Jacob en mi presencia....

BENJAMIN.

¡Pero cómo, Señor! ¿de los contornos
 de Canaan y sus campos nos destierran?
 ¿Jacob primero morirá y sus hijos
 que la gruta á mirar de Belen vuelvan?
 ¿Los llanos de Sion, los campos pingües
 que á los nietos de Isac el Señor dexa?

OMASIS.

Aquí una patria mi poder os funda.

BENJAMIN.

Solo apreciamos, ó señor, aquella
que Dios nos quiso dar.

OMASIS.

¿ Mis beneficios
por Jacob quedarán sin recompensa?

BENJAMIN.

¿ Aquí el sepulcro de José miramos?

OMASIS.

Prenda del corazón... Dí que no pierda
hoy su esperanza Israel.

BENJAMIN.

Si por lo menos
en su largo sufrir Simeon pudiera
un consuelo encontrar, favorecido
de tus cuidados generosos, fuera
mi padre entonces menos desgraciado.
¿ Pero por qué razón mi hermano dexa
que ignores el secreto de sus males?
¡ Ah! por muy grandes que sus penas sean
consolado quedára al escucharte.
Imagen del Señor, tu gran clemencia
acoge al desgraciado que suspira.
Tímido, y sin querer á tu presencia
al fin llego, señor, y al punto mismo
que te empecé á escuchar mi espanto cesa.

OMASIS.

Mucho aprecio mirar la piedad noble
que á la tristeza de tu hermano muestras.
Puede ser no esté lejos de un descanso
que no piensa encontrar y que desea.

Muéstrale de Jacob las esperanzas.
 El encanto á su mal da de tus quejas
 Vete, pues, Benjamin: todo lo aguarda
 de la sincera gratitud fraterna,
 del gran Dios de Jacob que humilde adoras;
 de tu amor, tu piedad y tu inocencia.

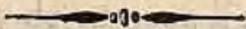
ESCENA SÉPTIMA.

OMASIS.

Respiremos en fin de esta congoja
 en que el turbado corazón se encuentra.
 Este franco decir, esta voz dulce,
 estos recuerdos y piadosas quejas,
 siempre presentes en mi pensamiento,
 todo en el alma comprimida pesa.
 No lo puedo dudar: Jacob enfermo
 del inmortal dolor con que lamenta
 á un hijo que ha perdido para siempre,
 la rienda al lloro largamente suelta.
 Baxo la carga del pesar se duele
 su mísera vejez. Llora, se queja,
 da voces á José sobre su pira.
 Sobre su pira... y yo vivo, y en esta
 corte bien pronto un padre desgraciado,
 á mi presencia conducido, encuentra
 su hijo que el cielo á su dolor le vuelve.
 Pero ¡ó Dios! si en mis brazos lo expusiera
 á morir de placer... Yo me estremezco...!
 Preparemos por grados y en diversas
 ocasiones su edad y estado débil

á una declaracion de encantos llena,
 que el término poner debe á estos males.
 ¡Querida Almasis! perdona mi impaciencia.
 No á tu amante feliz tu mano basta,
 que despues que en el duelo y la miseria
 tantos años pasé, falta á mi dicha
 una mirada de mi padre tierna.

ACTO TERCERO.



ESCENA PRIMERA.

ALMASIS. ZAME.

ALMASIS.

Lastimados los dioses de mis llantos,
Zame apreciable, de mi pecho quieren
desterrar el temor y la sospecha.
A Rhamnes aplaqué, Rhamnes consiente
en que Omasis me dé mano de esposo.

ZAME.

¿No una falsa apariencia en él adviertes?

ALMASIS.

¿Pues acaso, Zamé, tanto le cuesta
dexar de aborrecer al que aborrece?
Rhamnes nació sincero: es generoso.
¿Cómo inflexible ser pudiera siempre,
ni como al llanto de su hermana inmóvil
pudiera pertinaz é indiferente
desconocer de Omasis las virtudes
y de su dueño las supremas leyes?

ZAME.

Permíteme, ó princesa, que lo dude.
Los justos dioses en tu dicha velen,

y la esperanza lisongera pronto
de tu himeneo feliz.... ¿Pero quién viene?

ALMASIS.

¡Simeon....!

ZAME.

Evita su presencia. A solas
con su negro pesar y llantos quede.

ALMASIS.

Por qué evitar su vista? ¿La presencia
de un desgraciado ser temible puede?
¿Acaso ignoras que Omasis se interesa
en las venturas de su triste suerte?
¿Quándo fue la piedad una flaqueza?

ESCENA SEGUNDA.

SIMEON, ALMASIS, ZAME.

SIMEON.

Yo sabré padecer, sabré vencerme,
y esperemos que al fin dentro del pecho
el amor y el rencor ocultos queden,

ALMASIS.

¿Es posible que siempre abandonado
á tormentos sin fin, á penas crueles,
nada pueda alejarte de la negra
mortal tristeza que tu pecho siente?
¿Nunca la palidez, el sospechoso
amargo sonreír llegará á verse
distante de tu vista oscurecida?

SIMEON.

El fin de mi dolor será la muerte.

ALMASIS.

Todos la causa de tu pena ignoran.
Omasis, que de tí se compadece,
y que quisiera dar á tu alma inquieta
esta tranquilidad, que amar pareces,
te sabrá consolar por beneficios
multiplicados que el favor renueven.

SIMEON.

Omasis... Ah! Mas bien en mis congojas
déxame agradecer tan solamente
que en secreto te dignes lastimarte...
Pero no... lejos de la vista debes
huir de un hombre ofrecido á la venganza
del cielo desde que á la luz parece.
Conducido á estos climas por la orden
de un padre, que á su fin cercano advierte
sus hogares del hambre amenazados:
lejos de á do mi mal consuelo tiene,
muchos pesares y tormentos nuevos
he visto á los que traxe sucederse.
En todas partes extrangero ignoro
qué oscura tempestad larga, inclemente
de playa en playa mi angustiada vida
sigue y combate. ¡Ah, si á mí me fuese
permitido entregarme á la esperanza!
¿quién mas que Almasis consolarme puede?
La turbacion perdona en que me encuentro.
Mi destino me aparta para siempre
de mi primera dicha; y yo no dudo

que no ha de ser aquí donde la encuentre.

ALMASIS.

Por los dioses que dexes tus temores.
Yo me atrevo á anunciar término breve
á tu continuo padecer: el cielo
no en todos cumple su amenaza siempre,
antes los llantos que le envian acoge.
¿Qué ruego Omasis no escuchó clemente?
¿Qué triste corazon al eco dulce
de su voz, y á su aspecto no suspende
un instante el pesar que le atormenta?
Osa poner en él tu amarga suerte.

SIMEON.

Puesto que Omasis es tan generoso,
haz que ahora mismo por piedad me acuerde
un suspirado bien: el bien que adoro.
Mi libertad: á tí tan solamente
imploro en mi favor: obtén de Omasis
este precioso beneficio, y llegue
á salir yo de Menfis al instante.
Estos mis gozos son: mis ruegos fieles.
Haz que vuelva al desierto desde donde
me separaron; y la paz que pierde
mi corazon turbado en estos climas,
en mis hogares plácidos encuentre.

ALMASIS.

¿Así enemigo de tí mismo intentas
del apoyo privarte que te debe
dar una mano tutelar? ¿En medio
de este palacio desterrar no puedes
del Jordan la memoria y las orillas?

Ya el Rey mi padre promulgada tiene
la pompa del mejor día de mi vida.

Ya el incienso en el ara al cielo ofrecen,
y mi fé conyugal con mis deseos
manda el Monarca que mañana entregue
al augusto mortal que sometida
toda mi vida me verá á sus leyes.

En medio de la pública alegría
¿no el dolor calmarás que así te pierde?
Entre nosotros tu familia toda
gozar momentos tan dichosos debe.

SIMEON.

Quién? Nosotros ornar su fiesta? ¡O rabia!
¿Con qué derecho ó título pretende
ser de los hijos de Jacob el dueño?
¿Nosotros adular su orgullo y gentes?
¿Nosotros tolerar podremos...?

ALMASIS.

Basta.

¿A Omasis á insultar así te atreves?
Este no debe ser el fatal día,
que tanta oscuridad triste que á veces
irrita la piedad, y que no endulza
los beneficios que recibe, altere
é importune mis ojos, y así ultraje
la dignidad de un puesto, que indulgente
depuso su bondad para contigo.
Bien me has sabido castigar de haberme
llegado á descender hasta escucharte.
No me vuelvas á ver, ni hablarme intentes.
Ordene lo que quiera el grande Omasis

nunca al olvido des que baxo el leve
yugo süave de su dulce mando
no es humillarse obedecer sus leyes.

ESCENA TERCERA.

SIMEON.
De espanto el pecho frémulo se llena:
No le resta ya mas á mi cruel suerte
que el odio merecer que me ha mostrado.
Fatal belleza, adios... ¡Ah! para siempre
Y yo testigo de un lazo tan odioso.
Cielo que en tñ furor omnipotente
la existência me das: que mi constancia
pruebas por mas de mil y mil reveses,
y cuyo brazo descargar airado
sobre mi vida te complaces siempre.
Tú que en quince años de arrepentimiento
no has querido de mí compadecerte,
quando así todo me abandona, al menos
no me dexes por fin; tú me proteges.
A mis pies el abismo abierto miro:
El crimen me circunda estrechamente
Huir pretendo... pero inexorable,
por mas gravar mi mal no lo consentes.
Pues si está decretado, sometido
á tu infinita cólera celeste
tan solo escucharé mi triste rabia.
Y tú, ó cielo, serás el delinquente
de mis nuevos delitos. Del tirano
que humilla mi cerviz: mandas la muerte?

Pronta mi mano está, pero á lo menos,
remordimiento cruel, nunca á mí llegues.
¡Mísero yo, qué he dicho!

ESCENA QUARTA.

RHAMNES. SIMEON.

RHAMNES.

¿Tu alma grande
siente el noble rencor que me enfurece?

SIMEON.

Qué pretendes de mí? que es lo que esperas?

RHAMNES.

No lo sabes aún?

SIMEON.

Temo saberle.

RHAMNES.

Cesa pues de fingir, Simeon, conmigo.

De Omasis todo ya debe temerse.

El descuido menor fatal á nuestro

proyecto meditado fixar debe

su inquieto sospechar sobre nosotros.

Mas no basta perder quien nos ofende.

El necio Faraon destituido

de todo su poder seguirá en breve

nuestro enemigo al centro del sepulcro;

y perezcan los dos por delinquentes,

que armados estan ya y al orden nuestro

de conjurados número impaciente.

SIMEON.

Tuyos mis votos son : no mas me pidas.

RHAMNES.

Turbado pierdes el color? Qué sientes?

SIMEON.

Mil combates diversos se disputan
mi triste corazon con penas crueles.
El furor que me irrita, éste me inflama.
Vencerle yo sabré.

RHAMNES.

Y es tiempo?

SIMEON.

¿Puedes
disponer de mi suerte á tu alvedrío?

RHAMNES.

Qué miedo á tu valor audaz sucede?
¿Debo otra vez mostrarte la vergüenza
y el menosprecio que te cupo en suerte?
Que de un orden injusto aquí arrastrados
á tus hermanos y á Jacob te muestre,
que vienen á sufrir de tñ destierro
las miserias sin fin que te entristecen;
y quando todos mis amigos juntos
su apoyo y proteccion francos te ofrecen;
que á vengar tus afrentas y las mias
aspiran con ardor; y que cederte
pretenden el honor de que los mandes,
no puedo concebir por qué accidente
un espanto, un terror inesperado
hiela tu sangre, tu valor detiene.

SIMEON.

Los designios culpables aborrezco
de Omasis ; pero no : jamás me cuentes
entre sus fieros asesinos.

RHAMNES.

Basta.

Harto llevo á saber que una inclemente
vergonzosa servidumbre rompe
el valor que heredar un hijo debe
de los reyes pastores. Sello el labio...
Dexa á mi hermana, pues, dexa que llegue
á los altares de los santos dioses
su deshonor á jurar ; y muy en breve
(uniéndose al traydor que me amenaza)
á un esclavo asociar mi nombre y suerte.

SIMEON.

Un esclavo....! Pues cómo?

RHAMNES.

Este atrevido
que hasta mi hermana alzar la vista quiere,
que con su pompa real y fausto excelso
las miradas del pueblo y tuyas hiere,
de sangre oscura y vil su origen trae.
Pero en despecho del furor ardiente
con que su destruccion juraron tantos,
mañana entre sus brazos insolentes
la que quieres y adoras....

SIMEON.

¡ La que adoro...!

RHAMNES.

Este ardor que ocultar tanto pretendes,

ha tiempo para mí no era un misterio.
Yo lo adivino, y fiel, tierno, indulgente,
consolando tus penas te permito
una suerte esperar que te engrandece;
y estrechado por mí para que sirvas
á mi venganza cruel (de acuerdo siempre
con la tuya mi fé) guardaba á Almasis....

SIMEON.

Rhamnes, hablas verdad? Eso prometes?

RHAMNES.

Lo juro por los dioses protectores.
Mira la gloria que te cupo en suerte.
Si es el peligro que te expone grande,
es bello el premio que por él obtienes.

SIMEON.

¡Almasis...!

RHAMNES.

Libre por tu brazo un pueblo
de bendiciones colmarán alegres
tu nombre salvador. Toda tu dicha,
la de Rhamnes, la salud, los bienes
de este imperio subyugado; todo,
todo tu brazo vengador lo tiene.

SIMEON.

Almasis! ó furor! ó cruel delirio!

RHAMNES.

Quéres de Almasis ser? Lo quieres? hiere.

SIMEON.

El órden da á mi brazo.

RHAMNES.

Sí, que Omasis....

SIMEON.

Desígname el instante de su muerte.
Que hasta en su corazón mi mortal odio...

RHAMNES.

Este es de Almasis el esposo: vuelve
á estrecharte á mi pecho; pero antes
el postrer juramento unirnos debe.

SIMEON.

De mi fé te responde y mi palabra
el digno premio que entregar me ofreces.

RHAMNES.

Llenaste mi ambicion y mis deseos.
El odio que nos une muy en breve
mostrará del tirano el exterminio.
Nadie salvarle de tu acero puede,
puesto que brazos mil para servirnos...
Alguien se acerca. Adios.

ESCENA QUINTA.

OMASIS. SIMEON.

SIMEON.

¡Cielos, que advierte
mi desesperacion el mismo Omasis!

OMASIS.

Quédate, Simeon. Desde que fieles
al orden del Monarca, detenidos
en su palacio, fé dais de obedientes,
me ha parecido no deber injusto
tus penas penetrar ocultas siempre.

Mas al Nilo Jacob tu padre llega.
 Todos contentos le verán en Menfis,
 y yo no pienso pretender que fixe
 sus primeras miradas impacientes
 en un hijo al dolor así entregado;
 y que tus penas su placer alteren.

SIMEON.

No á su vista tendrá mi llanto alivio,
 y harto visto mi mal sus ojos tienen.

OMASIS.

Ya es tiempo de calmar la antigua pena
 que tu esperanza renacer bien puede.

SIMEON.

Yo no la he menester, ni de ninguno
 que en consolarme así tanto se empeñe;
 antes lejos tal vez de suspenderlo,
 irrita y grava mi pasión doliente.

OMASIS.

A tal punto te afligen mis piedades?
 La voz que oculta tu pesar, desprende.
 Lo exíge tu interes, yo te lo ruego.
 Dí, qué recelas de Jacob, qué temes?
 Bien podrá en tu favor interesarse
 mi cuidado con él, y aun obtenerle,
 y vuelta su ternura á tus deseos....

SIMEON.

¿Quién te ha dicho, señor, de que la tiene
 perdida Simeon?

OMASIS.

Yo no lo pienso.
 ¿Mas quando entre sus hijos igualmente

reparte un padre su cariño tierno?
 Puede ser que Jacob anciano y debil
 sin quererlo causando tu desgracia,
 habrá por cierta preferencia leve
 tu corazon llenado de amargura.

SIMEON.

Baxo sus justas y prudentes leyes
 sus hijos viven juntos, y nos une
 su virtud en su seno estrechamente.
 Y si fuera verdad que su injusticia
 á un hijo solo traspasado hubiese
 el derecho de todos, debería,
 por respeto y amor á mis deberes,
 ocultar de mi padre envejecido
 la flaqueza y error á extrañas gentes.

OMASIS.

Mas tambien los hermanos se dividen
 por un celoso orgullo muchas veces;
 y sus debates, que la envidia excita,
 de un padre afligen la vejez prudente.
 La calma y dulce paz de una familia
 se vió por ellos veces mil perderse.
 ¿No de una justa reprension exênto
 tu justo corazon ahora se siente?

SIMEON.

Por no tener, señor, de que acusarme
 fué preciso que yo por fuerza viése
 con semblante apacible en mi familia
 á un hermano preferido.

OMASIS.

Advierte

que me interesa mas de lo que piensas
ese secreto que tu boca vende.

SIMEON.

Nada he dicho, señor.

OMASIS.

Vamos: acaba

de abrirme un corazon que el dolor hiere,
y que quiero curar. A mí me toca
sus heridas cerrar, y devolverle
otra vez á los brazos paternales.

SIMEON.

¡Qué osaste pronunciar!

OMASIS.

¿Tú me reprendes,
y á mi ternura te resistes?

SIMEON.

¡Cielo...!

OMASIS.

Mas que tú, Benjamin franco parece.

SIMEON.

Benjamin... justo Dios!

OMASIS.

El me ha contado
que de un hermano la temprana muerte
nutre en tu corazon crueldades memorias.
Su nombre fué José. Llegaste á verle
perecer por tus ojos?

SIMEON.

¡Sí, sin duda.

OMASIS.

Y de tormentos y pesares crueldades

el alma destrozada á cada instante
llora su infausta prematura suerte,
y perseguido de su triste imagen...

(El susto y turbacion en él se advierte.
Cerca mi dicha está.)

SIMEON.

José... Este nombre
mi pecho romperá marchito siempre.

Quién descender en mí te ha permitido?

Quién á mis llantos preguntar ardientes?

Yo sabré de tus leyes libertarme;

que aun soy señor de mí tan solamente.

Mi dolor es mi bien; y si reservo

secretos, lejos de mostrarlos, deben

en el sepulcro descender conmigo

y con el polvo de mí ser perderse.

OMASIS.

Baxo qué gran maldad trémulo allentas?

A veces la virtud mas firme muere.

Pero te queda un porvenir dudoso

que esta calma que imploras te promete.

SIMEON.

Qué pretendes de mí?

OMASIS.

Que te declares.

SIMEON.

No es posible, jamás...

OMASIS.

Habla, qué temes?

SIMEON.

Con qué derecho mandas.

OMASIS.

Yo lo quiero.

Tú de mi celo sospechar te atreves?

SIMEON.

Nada puede aplacar tu rabia? Unido
á mis contrarios y enemigos crueles,
¿piensas mi corazon herir de nuevo?

¿Es pues tu compasion la que se atreve
á poner en mi cuello la cadena?

¿La que á la inmensa y extranjera Menfis
arrastrando á un anciano del recinto
de su casa le arranca para siempre?

¿Cuentas la esclavitud entre los grandes
beneficios que das, y altivo ofreces?

Soy tu víctima yo, y humillar juzgas
mi alma altanera, generosa y fuerte?

¡Ah! quando á vista de tu faz odiosa,
de horror mi sangre toda se estremece,
no me hiere un terror vano; los cielos
con prodigios incógnitos me advierten
que un tiempo ha de llegar en que tu audacia
mi oprobio excusará y el de mi gente.

OMASIS.

Me acusas, desgraciado! Harto lo he visto.

¡Así los frutos de mi afan se pierden!

Hace tiempo que fiel testigo, oculto,
del extremo desorden que padeces

hoy á salvarte vine de tí mismo;

y sordo á mis acentos, imprudente,

é ingrato al beneficio, me has quitado

el placer de una paz dulce volverte.

¡Infeliz! Solo yo dártela puedo.
 Osas tú contra mí, cruel, defenderte?
 Háblasme de terror? Sabes la causa
 por qué mi aspecto tanto te estremece?
 Si de una turbacion inesperada
 no puedes dueño ser, ¡Eh! quantas veces
 llegarás á temblar si conocieras.....
 Pero no: quédate... Mi amor lo siente.
 No obstante guarda tu razon turbada
 de un consejo escuchar necio, imprudente.
 Sabido tengo el arte y la perfidia
 con que Rhamnes interesarte quiere
 en su debil furor. Teme mi enojo,
 que está cansado ya de contenerse.
 Quise un remordimiento saludable.
 No mi esfuerzo bastó para obtenerle.

ESCENA SEXTA.

SIMEON.

Qué ha exígido de mí? Qué osó decirme?
 Por qué en mi corazon sus ojos hieren?
 Pudo mi turbacion ó mis discursos
 el secreto vender que me estremece?
 ¡Habré podido solitario y mudo
 tanto tiempo enterrar prudentemente
 en un misterio tenebroso el crimen,
 y á la presencia de un anciano debil
 desengañado al fin, otro distinto
 me llegará á acusar que yo no fuese!
 ¿Y escucharé tronar en mi cabeza

criminal de este juez piadoso y fuerte.
 la horrible maldición? No, no; primero
 que á saber mi delito Omasis llegue
 muera, y al golpe de mi hierro caiga.
 Rhamnes me espera ya. Qué me detiene?

ESCENA SÉPTIMA.

BENJAMIN. SIMEON.

BENJAMIN.

El júbilo separe la tristeza
 de esa angustiada tenebrosa frente.
 Nuestro padre va á entrar en estos muros.

SIMEON.

Qué dices? Quién? Jacob....!

BENJAMIN.

Hermano, advierte...

SIMEON.

Aquí llega? En qué instante? O Dios terrible!

BENJAMIN.

No te ha dado de amor mil pruebas siempre?

SIMEON.

Y en eso pongo mi mayor suplicio.
 Él en su seno recibirte puede.
 Quando en mi pecho la virtud moraba,
 le hablaba con placer, amaba el verle,
 ahora su aspecto de terror me hiela.

BENJAMIN.

Jacob la imagen es de un Dios clemente,
 y de todo mortal atribulado;

tranquiliza el terror que le entristece.
 Mas sin tí presentarme á Jacob puedo?
 Omasis manda que esquadron luciente
 de milicia arreglada á este palacio
 orne su marcha perezosa y debil.
 Sigue mis pasos: ven.

SIMEON.

¿No viene armado
 de su horrible furor? ¿No le precede
 el angel del terror y el exterminio?

BENJAMIN.

Ven, hermano, á olvidar tus penas crueles
 al lado de Jacob.

SIMEON.

Toda mi sangre
 á este nombre en mis venas se me enciende.
 Déxame en mi dolor.

BENJAMIN.

¿Con qué delito
 manchada, por tu mal, tu mano tienes?
 Igual remordimiento, hermano mio,
 persigue al asesino solamente.
 Pero tú...

SIMEON.

No prosigas.

BENJAMIN.

¿Todavía
 crece la turbacion que te enfurece?

SIMEON.

Sabes tú lo que tengo prometido?

BENJAMIN.

Dilo pues.

SIMEON.

No lo sé: mas me parece
no obstante que de mí se pretendía...
¿Te he descubierto, Benjamin, aqueste
misterio horrible?

BENJAMIN.

No.

SIMEON.

Tú me aseguras.

Peño qualquiera que el misterio fuese
á las miradas de Jacob no debo,
ni puedo parecer...

BENJAMIN.

¡Hermano....!

SIMEON.

Vuelve

á otra parte tu mirar piadoso.
¡Ah! si mis pasos á seguir te atreves.

ESCENA OCTAVA.

BENJAMIN.

Santo Dios de Israel! Dios infinito!
no á su triste dolor, Señor, le entregues.

(10)

ACTO CUARTO.

— 30 —

ESCENA PRIMERA.

JACOB, BENJAMIN, RUBEN, NEPHTALI,
ISACHAR.

BENJAMIN.

El Dios del universo, enternecido
por mis ruegos, restituye á un padre
tan amado á mis brazos: Ya mis ojos
en esa augusta frente venerable,
de la virtud con calma placentera
el júbilo verán á cada instante.
O tú, que uniendo con tu rostro el mio,
de gozo el corazón trémulo late,
el cielo te concede que termines
de tu perdido Benjamin los males.

JACOB.

¡O del amor mas tierno postrer fruto!
ya no osaba aspirar al placer grande
de llorar á tu lado, y sin haberte
bendecido temí que tan distante
de mi amado Benjamin la muerte
mis años sin ventura terminase.

BENJAMIN.

No pierdas la esperanza. Un poderoso quiere de honores y favor colmarté.

JACOB.

A él la ventura de abrazarte debo,
y este entre tantos es el bien mas grande
que su mano me da. ¿Pero que impide
á tu hermano venir, llegar á hablarme?
Insista en sus temores? Teme siempre
á mi presencia parecer? Llegaste
por dicha á penetrar, Benjamin mio,
en el secreto de sus graves males?
Pudo en fin tu piedad que á tu fraterno
corazon descubriera sus pesares?

BENJAMIN.

Desde que sordo Dios á nuestro ruego
nos obliga á vivir climas distantes,
nunca su corazon se halló tranquilo,
Jamás quiso su mal comunicarme,
y quando mi inquietud tierna mil veces
su amarga soledad iba á turbarle,
mis caricias fraternas no tenían
para su mal templar poder bastante.
De sus ojos salir lágrimas vía,
y eran fuentes mis ojos al mirarle.

JACOB.

Quanto tarda en llegar! ¿Acaso ignora
que de sus hijos necesita un padre?
Que venga, que me busque y en mis brazos
los nuevos llantos para siempre aparte

de su pecho afligido, y confundiendo
 los dos á un tiempo nuestras penas graves
 no tan dignos de lástima seremos.

NEPHTALI.

Destierra, ó padre, tan terrible imagen.
 ¿La gratitud y aspecto de tus hijos;
 este palacio, y el cuidado afable
 que te promete un príncipe, consuelo
 del desgraciado, no te dan señales
 de la aurora feliz de un dia sereno?

JACOB.

¿Y para siempre no perdí los valles,
 los altos montes de Canaan tranquilos?
 ¿No hasta la muerte debo ya olvidarme
 de la tierra sagrada que otro tiempo
 á mi abuelo el Señor quiso dexarle?
 ¿Donde salí á la luz; donde mis manos
 cumpliendo su deber dexan á un padre
 y á dos esposas tiernamente amadas
 en el sepulcro donde unidos yacen?
 ¿No estos son los contornos desde adonde
 enojado Abraham vé de sí alejarse
 su descendencia y mi vejez cansada?
 ¿He podido, gran Dios, (ya que escucharme
 te dignas) apartarme de este modo
 de sus helados restos venerables,
 Fuentes de Siloe, preciosa cuna
 de mis abuelos; silencioso valle
 donde murió José; mi despedida
 postrera recibid. Sí: á los umbrales
 de la muerte me encuentro, y mis desgracias

de los campos de Hebron mueren distantes.

NEPHTALI.

Da treguas al dolor; calma tus queexas.

BENJAMIN.

Otra vez volverás esos lugares.

(á tí gratos) á ver.

JACOB.

Hijos, cumplida

mi postrer voluntad, jurad dexarme.

El cuerpo de Jacob depositado

vuelva al sepulcro de sus venerables

ascendientes, y en él, al de Abraham junto
de Isac y de Raquel en paz descanse.

BENJAMIN.

Lo juramos por Dios así cumplirlo.

¿Mas por qué en este dia, en este instante

tan venturoso que nos une, quieres

de tan tristes recuerdos ocuparte?

Puede ser que sin dar lugar al ruego,

un dia triunfemos del comun ultrage.

Este hombre justo y bueno que el Egipto

aprecia y reverencia, en todas partes

atento al desvalido y al malvado,

dulce con uno, con el otro grave,

tal vez su mano poderosa tienda

á esa tu adversidad tan lamentable.

Dél me atrevo á esperar nuestra ventura.

Conozco su bondad, y todos saben

que aprecia y ama la vejez. Los llantos

que viertes sin cesar supé contarle...

JACOB.

Tan generosas son sus nobles prendas?

BENJAMIN.

El angel del Señor no vierte tales
beneficios á pueblos satisfechos.

El corazon feroz mas intratable
entenece su voz, y la indulgente
piedad le presta docil su language.

Así pues recobrando una imprevista
calma tus penas á su aspecto amable....

JACOB.

Tal era el hijo que perdí; tal era
en su niñez José; tal su caracter.

¡Tú que en el centro del desierto espiras
sin defensa, hijo mio, dulce, apreciable,
único objeto de mis largas penas;

tu mano tierna mi llorar constante
así enjugado hubiera! mas me dexas

solo en la noche triste de mis males,
donde el único bien que me ha quedado

es la manchada ropa con su sangre.

ISACHAR.

Siempre ocupado estás de José: siempre
de su fin y memoria lamentable.

¿En tus hijos no habrá quien por su celo
de tus penas profundas te separe?

¿Será posible que José, á quien lloras
sin la esperanza de poder hallarle,

haya usurpado para sí tan solo
la ternura y amor de nuestro padre?

JACOB.

¿ Os hiere mi dolor, hijos? Osais
 mi flaqueza culpar, llenar de ultrages?
 y hasta el funesto bien de hacer patentes
 de este paterno corazon los males?
 Despues ¡mísero yo! de tantos años
 circundado de sustos y pesares
 la mitad de mis llantos os oculto;
 ¡y quando gimo sin querer delante
 de vosotros, despierto en vuestro seno
 sentimientos celosos y culpables!
 Yo no amaros? ¡ingratos! De mi afecto
 quereis que este dolor prueba mas grande..
 Desterrad, hijos, esta vil sospecha.
 Pero quién á Simeon tanto distrae?
 En vano su pesar de mí le aleja.
 Verle quiero y hablarle: hijos llevadme

NEPHTALI.

Pasos oigo.

ESCENA SEGUNDA.

Dichos. AZAEL.

AZAEL.

Extrangeros desgraciados,
 víctimas largo tiempo de un constante
 destino rigoroso, abrid de nuevo
 á la esperanza el corazon cobarde.
 Omasis va á venir, y hablaros quiere.

JACOB.

¡ No llega Simeon ! ; Cómo delante
de mi gran bienhechor podré ponerme
sin vuestro hermano ? ; El cruel piensa ocultarse
quando ha seis meses que de mí está ausente ?
Conducido a estos climas tan distantes
por una justa gratitud debida,
y apartado con dolor no obstante
de aquellos campos venturosos, donde
los inocentes plácidos hogares
de Abraham vertieron por tan largo tiempo
sus pacíficas sombras venerables
en mi cuna natal ; entre sollozos
á mis hogares prorrumpí al dexarles :
» Simeon , Benjamin en otros climas,
» de Dios esperan verme y estrecharme
» otra vez en sus brazos amorosos . »
Yo llego , y Benjamin corre al instante
á recoger mis llantos , y el ingrato
menosprecia las quejas paternas .

BENJAMIN.
A Omasis vas á ver , Señor ; espera
que á mi hermano te vuelvan sus bondades .
Por tu dicha sin duda te ha llamado .
Mírale aquí llegar .

ESCENA TERCERA.

Dichos, OMASIS, pueblo, grandes.

A la entrada de Omasis todos se ponen de rodillas. Jacob sostenido de Benjamín quiere postrarse como los demás; pero Omasis se apresura á detenerle.

OMASIS. ¡O cruel contraste!
Anciano respetable ¡tú á mis plantas...?

Señor...

OMASIS. Tan solo á Dios honor tan grande
debe darle Israel. ¡Que al fin mis ojos
de gozo llenos su placer hallasen!
Tú, cuya forma atónita lamente
por tanto tiempo sin cesar me trae!
¡Sea bendito el Eterno que á mis labios
le dan la dicha de llegar á hablarte!
O Pueblo admirado, apoyos de este imperio,
gozad de mi ventura; el fiero alfange
de la muerte se aleja de nosotros
porque el hijo de Abraham la vida os trae.
Demosle el justo honor y rendimiento
que se merecen sus virtudes grandes.

JACOB.

Yo solo soy un viejo que marchito
por la edad, los disgustos y las hambres

estaba cerca de acabar mi vida;
tu bondad me curó, vino á salvarme.

OMASIS.

¿Pude salvarte? Mi poder bendigo.
Menfis su gratitud debe mostrarte.

Su azote el cielo con su vista aplaca,
y el Nilo grato cobra sus cristales.

JACOB.

¿Cómo puedo, Señor, en tan extrema
miseria repartir felicidades
que en mí no encuentro ni esperar debiera?

La desgracia me sigue á todas partes.

OMASIS.

¡Y atónito el oriente me encarece
tu venturosa suerte! Las piedades
de tu familia numerosa, fieles

á la santa virtud, llegan no obstante
á estos contornos apartados, donde
nos sirve á todos de modelo fácil.

Era el retrato que de tí me hacian
el de un viejo tranquilo en sus hogares,
colmado al peregrino y pasagero
de hospitalarios dones abundantes.

Dichoso en medio de una gran familia
toda ocupada solo en agradarte,

y en mantener la paz que generoso
Dios al que quiere le concede afable.

JACOB.

No me olvido, Señor, que antiguamente
á la sombra del Ser supremo y grande
la dicha conocí, si es que en el mundo

este bien conocieron los mortales.
 Pero al fin de mis años Dios severo
 lanzó en mi casa sus miradas graves;
 abandonó á Jacob, y nada quiso
 que en sus caducas manos prosperase.
 Ahora cansado por mis penas, lleno
 de canas y vejez, qual caminante
 que á sí sus pasos apresura, busco
 en silenciosa paz reposo facil.
 En el seno de Abraham tengo un asilo
 que espera á la vejez desde que nace.

OMASIS.

¿Que mas falta á la paz hoy de tu vida?
 El favor, el honor y las bondades
 que el monarca te otorga por mi mano...

JACOB.

Bien mis ojos lo ven; esto es bastante.
 Mira mi gratitud.... príncipe excelso
 imploro mi perdón... Señor, ¿quien sabe
 si conmovido de tu aspecto pudo
 al respeto faltar Jacob?

OMASIS.

No obstante
 olvida mi poder, y ahora conmigo
 de tí separa sin temor los males
 que enternecen tu pecho; ¿mas son estos
 tus hijos todos los que estan delante?

RUBEN.

¡O funesto dolor....!

NEPHTALI.

Yo tiemblo.

Ay triste!

OMASIS.
La turbacion se advierte en tu semblante.

JACOB.

Quando era grata mi vejez al cielo,
hijos doce contaban por su padre
al misero Jacob, y todos juntos
baxo mis justas leyes paternas
viviendo alegres y tranquilos eran
en mi ternura paternal iguales.

Despues en el horror y en el espanto
de una imprevista muerte lamentable,
el uno de ellos, mi José querido,
halló su triste fin de mí distante.

OMASIS.

Y por su muerte sin cesar suspiras?

JACOB.

A todas horas su querida imagen
está presente donde ven mis ojos.

Este fue el primer fruto de un enlace
santo y dichoso que mi amor adquiere
por siete años de humildes y constantes
servicios de lealtad. Raquel, la hija
de Laban, me habia dado este apreciable
fruto de su ternura, condenado
tan mozo á perecer.

OMASIS.

Desdichas tales
tendrán un presto fin,

Estos acentos

llenos de encanto y vida, mis pesares
han suspendido por la vez primera:
Si aun la luz de los cielos ve tu padre
como debe pedirles por tu dicha!
Como debe querer á un hijo amable,
cuyo augusto poder los corazones
por la fiel gratitud para sí atrae!
¿Vive contigo? ¿habita este palacio?

OMASIS.

El cielo á mi piedad quiso guardarle.
De mi vista privado y arrastrando
una vida azarosa, levantarse
ha visto el infortunio de sus días.
La desgracia mayor, mas lamentable
me tuvo lejos dél, y por mi larga
ausencia queexas de sus labios salen;
pero el angel de Dios que está en su guarda
un camino hasta mí quiere trazarle.
He visto su vejez.... He contemplado
su aspecto, que la edad y los azares
del cansancio é inquieta incertidumbre
hacen su ancianidad mas respetable.
Y allí olvidando mi desgracia vierten
mis ojos llantos en su pecho á mares.

JACOB.

¿Al fin le has vuelto á ver? Y en estos dulces
momentos pudo su existencia fragil
sostener tus abrazos? La esperanza
mantuvo al menos su valor constante:

ESCENA CUARTA.

AZAEL, OMASIS, JACOB y sus hijos.

AZAEL.

Tus pasos acelera prontamente.

Muéstrate al pueblo que te busca, Omasis.

Turba inquieta de viles sediciosos

ácia aquí armados se adelantan. Parte.

Rhamnes los acapilla, y de sus labios

audaces contra tí sin duelo sale

la amenaza, el insulto, el menosprecio.

Yo al traidor Simeon vi que delante...

JACOB.

Quién, Simeon?

OMASIS.

Justo Dios!

JACOB.

O fatal día!

día de espanto y terror: día lamentable!

rasgóse el velo del misterio y vióse

del negro crimen el atroz semblante.

OMASIS.

Arrastrado ácia el lazo que le tienden

los pérfidos consejos de un cobarde,

infeliz Simeon solo ser puede.

JACOB.

Yo muero de dolor.

OMASIS.

Dios justo y grande

al menos vela en su angustiada vida.
 A tí mi corazon, Benjamin, hace
 su vela y salvaguardia. No le dexes.
 Y vosotros, amigos, pueblo, grandes
 seguidme unidos, y en palacio vuelva
 al orden todo que mis leyes manden.

JACOBO. ISACHAR. ZEPHRAÏM. ROMAN.
 La vengenza calma el corazon.
 podrá la sed de la venganza.

¡Oh vosotros ¡ah crueles! ¿ las luces
 del sol mis ojos otra vez se abren;
 No hay ya de mi presencia
 ya muy pronto a morir.

JACOBO.
 mira y conoce el Dios que veneramos.
 Ten, Abraham, compasion de tu culpable

JACOBO.
 no resta la esperanza en tantos males.

Yo lo he perdido todo, y la ignorancia
 hace a mis castas, cubre mi semblante.

Tambien Romanos, que aspiro al trono,
 fue detenido con la tropa italiana,
 y el cadavere le paraba; pero

(107)
ACTO QUINTO.

ESCENA PRIMERA.

JACOB. ISACHAR. NEPHTALI. RUBEN.

JACOB.

Por vosotros ¡ah crueles! á las luces
del sol mis ojos otra vez se abren;
y el triste Simeon á mi presencia
va muy pronto á morir.

ISACHAR.

Tus penas graves
mira y conoce el Dios que veneramos.

JACOB.

Ten, Abraham, compasion de tu culpable
raza desventurada.

NEPHTALI.

Todavía
nos resta la esperanza en tantos males.

JACOB.

Yo lo he perdido todo, y la ignominia
baxa á mis canas, cubre mi semblante.

NEPHTALI.

Tambien Rhamnes, que aspiraba al trono,
fué detenido con la tropa infame,
y el cadahalso le aguardaba; pero

su brazo armado de un furor cobarde
 previno el golpe que cubierto hubiera
 de eterno deshonor su ilustre sangre.
 Cuentan que Faraon, ya hace algún tiempo
 sus tramas sospechando, en todas partes
 al traydor homicida vigilaba,
 y por él descubiertas las maldades
 juradas en secreto, su amor solo
 de su ministro libertó el desastre.
 La venganza calmar del Soberano
 podrá la muerte del perverso Rhamnes.

JACOB.

Ah! yo no abrazo vanas esperanzas.
 No hay ya para él perdon. La culpa es grande,
 y aquí en Menfis el sepulcro miro
 abrirse, donde baxarán el fragil
 helado resto de mis muertos hijos.
 Si es preciso castigos, castigadme:
 agote la justicia de mis venas
 mi sangre helada por tan largos males.
 Acuérdesese el perdon para mis hijos;
 y la muerte que está de mí delante,
 al dar el golpe la tranquila frente
 no podrá conturbar mi último instante.
 A unirme iré á José.

ISACHAR.

Qué dolor, cielos!

JACOB.

Me dexais todos? Ya no tengo á nadie.
 Donde está Benjamin?

NEPHTALI.

Fue, padre mio,
del príncipe á besar las plantas reales.

ISACHAR.

A implorar fue mi hermano su clemencia.

JACOB.

En favor de sus ruegos lamentables
lleva el derecho del candor; mas puede
que en vez de gracia la prision alcance.

ESCENA SEGUNDA.

Dichos. BENJAMIN.

BENJAMIN.

O mi padre y señor!

JACOB.

Amada prenda,
qué has obtenido al fin? habla, no tardes.

BENJAMIN.

Por los pórticos altos de ese inmenso
palacio, donde con temor cobarde,
ahora el duelo y el silencio habitan,
el dolor me llevaba á todas partes.

A Omasis llevo á ver; corro: soldados
de enormes formas y espantosos trages,
el paso que obstinado pretendia
hasta sus régios pies quieren cerrarme.

Su mirar espantoso me estremece;
pero Dios quiere nuevas fuerzas darme.

A las plantas del príncipe me arrojo,

y entre profundos dolorosos ayes
 gracia le pido para el cruel que causa
 nuestro acerbo dolor... Ah! amado padre,
 que mortal tan magnánimo! Al momento
 su mano extiende, donde mil señales
 de eterna gratitud mi boca imprime;
 y en mí sus ojos fixa tan afable,
 que humilde al contemplarle parecia
 á su pecho y amor querer llamarme
 Detúvose al proviso, y grávemente,
 "Benjamin (dice) sal: no lo dilates,
 "el socorro filial que necesita
 "la desesperacion de un triste padre.
 "En su presencia me verá bien pronto.
 "Esto te mando que le digas: parte."

Y presuroso por tan fiel noticia
 vengo el consuelo, si es posible, á darte.

RUBEN.

Todo debemos esperarle.

JACOB.

Cómo,

¿Amado Benjamin? este hombre grande
 se dignó lastimarse de mis penas,
 y á tí su mano bienhechora darte?

BENJAMIN.

No ha desmentido, no, sus beneficios.

JACOB.

¿Y podré soportar sin aterrarme
 la augusta magestad de su preseneia?
 Pero su guardia.... cielo...!

ESCENA TERCERA.

OMASIS. JACOB. *sus hijos, grandes,*
y guardia.

OMASIS.

Dónde vais?

Tú de mí apartas la espantada vista?

JACOB.

Quando no obstante tus virtudes reales,
que su delito confundir debieran,
el ingrato, señor....

OMASIS.

¿De sus maldades

á tí te toca responder?

JACOB.

Pudiera

otra vez verle y otra vez hablarle?

Vergüenza tengo de decirlo, pero
al ingrato, señor, quise bien antes.

OMASIS.

Está bien: le verás. Guardias, al punto
que venga Simeon.

BENJAMIN.

Piedad notable!

JACOB.

Con disgusto, señor, y á pesar mio,
se atreve mi dolor á suplicarte.

OMASIS.

Podráse disculpar y responderte?

Amábase yo mismo y juzgué fácil sup
 que conservando la memoria justa
 de mis alivios, para consolarme
 jamás su ingratitude llegado hubiera
 con trayción á infamar su ilustre sangre,
 ni á dar socorro á viles sediciosos,
 cuya demencia castigué al instante.
 Solo en cadenas y en prisión tu hijo
 esperando su muerte ó perdon yace.
 A ver su corazón patente voy;
 y mis ojos verán en él señales
 fixas de un odio criminal profundo,
 ó de un remordimiento saludable.

Quando así se le
 JACOB.
 Quanto más ¡ah señor! tu voz escucho,
 tanto más de este cruel la culpa grave...

Reprime tu dolor; tu hijo se acerca

ESCENA ULTIMA.

Dichos, y SIMEON.

JACOB viendo á Simeon con cadenas.

Qué pálido color su frente trae!

Qué abatido parece por sus penas!

Mortal desventurado, en la vil clase

de ingrato y de asesino, no pensabas

que te testaba, desgraciado, un padre? A

que te testaba, desgraciado, un padre? A
 SIMBON. que conve...
 Mi enorme culpa que te dé me niega de
 nombre tan digno. Sí: desde este instante
 no es Jacob para mí nada en el mundo.
 Este es el premio justo á mis maldades. in

JACOB. que conve...
 Así la gratitud y mi memoria has no solo?

SIMEON. que conve...
 Conducidme á morir.

JACOB. que conve...
 Qué pronunciaste?

Eso te atreves á decir? Pues como! es ó

Quando así lejos de los paternos
 abrazos de Israel te separabas.

quando yo te buscaba en mis afanes
 con cuidado y amor, tú del oprobio
 cubierto quieres mi vejez dexarme?

Esperabas solo que llegase para
 con delito tan nuevo manciillarte?

¿Dexé mi patria para ser testigo
 de tu ignominia y fin tan lamentable?

Responde qué furor, qué indigna saña....?

SIMEON.

No es posible, señor, que libertarme
 de un Dios pueda vengador y justo.

Su eterna maldición sobre mí cae.
 Ni mi arrepentimiento, ni mis lloros

para aplacarte, ó Dios, no son bastantes.
 Yo á un mortal, de virtud exemplo raro,

muerte atroz y alevosa quise darleni. es

¡O bondad de los cielos! él respira;
y la muerte de mí no está distante.
Mas antes de espirar debo un misterio
odioso y criminal manifestarte.
Tú no conoces, ni hasta aquí supiste
hasta qué extremo llegan mis maldades.

JACOB.

Qué mas irá á decir!

SIMEON.

Tengo otras muertes.

JACOB.

Tu voz me atemoriza. ¡Qué espantable
mirar arrojan sus quebrados ojos!

ISACHAR.

Osas el pecho traspasar de un padre?
Por tí, por compasion, por su desgracia...

SIMEON.

No me impidas hablar.

NEPHTALI.

¡Ah! cruel: Qué haces?

SIMEON.

El secreto que guardo me importuna.
El hijo que has perdido, y que lloraste
tantos años, José....

OMASIS.

Sabido tengo
que las fieras horribles en un valle....

SIMEON.

No fué cierto, señor. No fué despojo
de sus dientes y garras penetrantes.
Mas compasivos perdonado hubieran

su juvenil edad, candor notable.
 Otro monstruo mas cruel su espanto mira
 con bien tranquilo plácido semblante.
 Del llanto goza que sus ojos vierten,
 y ese monstruo soy yo: sí.

JACOB.

Miserable!

SIMEON.

Yo solo cometí la enorme culpa,
 porque los zelos en mi pecho fragil
 tan criminoso frenesí encendieron.
 Tú solo amabas á José: tu afable
 y paternal amor solo encontraba
 entre tus hijos á José apreciable.
 Llega al desierto: colérico le oprimo,
 y ya sin compasion alzo el tajante
 hierro en su cuello odioso, aborrecido,
 é impide Nephtali verter su sangre.
 Pero aunque al hierro fratricida escapa,
 á mi ciego rencor no se subtrae;
 y cargado de insultos, maldiciones,
 le pongo en precio; como esclavo yace.
 Apartado que fué de mi presencia,
 hundo en el pecho de una res mi alfange,
 y con igual furor guardo conmigo
 tinta la ropa de José en su sangre.
 Mira la mano que ofreció á tus ojos
 aquel signo de horror tan lamentable.

JACOB.

Dios terrible!

(83)

SIMEON.

Castígame.

ISACHAR.

En nosotros

eayga tu indignacion, pues que culpables
hemos venido á ser. De igual aviso
quedó resuelta la maldad infame.
Nephtali solo religioso y justo,
de Dios tuvo temor y de su padre.

OMASIS.

¿Y habeis causado con tan negra trama
por quince años á un viejo respetable
suplicio tan atroz? ¿Quién contra un niño
y un hermano animó vuestro corage?
Su enorme culpa, puede ser, sería
todo al cariño fraternal prestarse.

JACOB.

Cómo! en tanto que el duelo, la venganza,
y la cautividad eran la parte
que á su edad juvenil cupo entre lloros,
pasaba yo mi vida miserable
de sus verdugos crueles circundado!
Mis bendiciones paternas caen
en sus almas manchadas con la culpa.
Préndá del corazon, hijo adorable,
menos dichoso que lo fueron todos
nuestros antiguos respetables padres;
los dos saldremos de la vida en climas
de nuestra patria y heredad distantes.

OMASIS.

Quién sabe si Dios del tuvo cuidado?

No al apoyo inmortal injusto ultrages.
¿Quién sabe si á pesar del mas siniestro
destino, vive en opulencia grande?

JACOB.

¿Qué me dices? mas no... sin patria fixa,
y entre cadenas, por adversidades
de su estado infeliz ha perecido.

OMASIS.

Dios con un velo espeso é impenetrable
á veces sus designios cubre.

JACOB.

El tenga
piedad de un padre viejo y deplorable.

OMASIS.

¿Y si un acaso por su santa mano
conducido á tus pies á tu hijo trae...?

JACOB.

Y esto pudiera ser? O Dios supremo!
que implora mi vejez, mostradme, dadme
al bien amado de mi vida....

OMASIS.

Basta:

la luz goza del sol.

JACOB.

Dios de mis padres!

OMASIS.

El hijo tanto tiempo desterrado
de tus brazos y plácidos hogares;
y á estos muros conducido para
el Egipto mandar...

(85)

JACOB.

Pasa adelante.

OMASIS.

Le tienes á tu vista; y él la dicha
de tu mano besar, y á tí abrazarte.
Yo soy José.

TODOS.

José!!!

OMASIS.

Sí, vuestro hermano

que otro tiempo vendisteis con ultrage
para el Egipto: que después perdido
á la desesperacion os entregais;
y que al fin lastimado y compasivo
el cielo quiere que volvais á hallarle.

JACOB.

Serás tú...? El gozo de la luz me priva!

OMASIS.

¿Qué oscura palidez yerta se esparce
en sus ojos y frente amortecida?

SIMEON.

José! mi hermano, ó Dios, tú aquí nos traes
para verte otra vez? y yo intentaba
después que te vendí la muerte darte!

OMASIS.

Mira aquí á tu José!

JACOB.

Justicia eterna,
pretendes seducir esta alma fragil?
Tú á quien tanto lloré, que he amado tanto,
mi seno estrechas, y agitado late

tu inquieto corazon cerca del mio.
 Dexa, mi amado bien, asegurarme...
 Dexa á mi mano fiel desfallecida...
 Estos los rasgós son de su semblante,
 estos sus ojos, sus gracias juveniles...
 Aqueste es mi José. Dios inefable!
 concédele á Jacob por la postrera
 gracia de tu piedad que se dilate
 su cansada vejez, y sobreviva
 á este exceso de placer; no obstante
 que la negra perfidia de un ingrato...

OMASIS.

Con tanta dicha la venganza acabe.
 Hijo del fiel Abraham, esposo digno
 de la casta Raquel que tanto amaste,
 á exemplo del Señor todo lo olvida.
 Por las desgracias que hasta aquí lloraste,
 y á tus pies abrazado, padre mio,
 para estos tristes tu perdon alcance.

JACOB.

Tú quieres, ó José...!

OMASIS.

Que su secreto
 remordimiento un bien sea saludable.

JACOB.

Tu padre soy, José.

BENJAMIN.

Ya de tus ojos
 para siempre el pesar destierra.

OMASIS.

Acabe

en este dia que un Dios omnipotente
 á mis suspiros me concede afable.
 De mis dichas gozad, hermanos míos;
 y sobre todo tú, dulce, apreciable,
 aunque el mas infeliz, ven á mis brazos.

SIMEON.

Quién? yo? injusto, sin piedad, culpable...

OMASIS.

José te perdonó: Benjamin, solo
 tu voz dulce podrá tal vez mas facil
 á un desgraciado persuadir: alcanza
 que con la suya mi ternura pague.

BENJAMIN.

Quando ya todo se olvidó, no hermano
 así humillado tu semblante baxes;
 mira á lo menos á José, que á un tiempo
 te quiere y compadece.

SIMEON.

¡O respetable
 y adorada virtud, tú en mis deberes
 sagrados otra vez entrar me haces!
 Que en fin vuelvo á gozar de mi ventura?
 Que mi falta de Dios perdon alcance,
 Y de mi pecho desterró la rabia?
 Príncipe generoso...

OMASIS.

Simeon, dame
 el nombre siempre de tu amado hermano.

SIMEON.

Y tú, que tantos años con pesares
 llené tu vida de ponzoña y duelo;

tú, cuyos ojos evité cobarde,
 aunque siempre te amé, padre querido,
 con qué aspecto, señor, con qué semblante
 volverás á mirar á un hijo, cuyo
 dolor te pide tu piedad le alcance.
 De tí debe ocultarse un criminoso...

JACOB.

Ven al seno paterno á refugiarte.
 El remordimiento cruel á que tu alma
 se abandona, mayor mi dolor hace.
 A la presencia de José, hijo mio,
 tiene el gozo Israel de perdonarte.

OMASIS.

Demos la gloria á Dios, cuyo invencible
 brazo vigila cunto y penetrante
 sobre todo inocente. Israel, escucha:
 Tu fiel raza fecunda y admirable
 como altísimo cedro dará sombra
 al Orbe lleno de tu nombre grande;
 y mil veces despues mas numerosa
 que las arenas de los anchos mares,
 que las hojas pendientes en los bosques,
 y que estos astros que sin cesar arden
 sobre nuestras cabezas desde el fertil
 Jordan conquistarán reynos distantes.
 Dios lo ha dicho; y el Dios que á mí me inspira;
 este Dios que reserva su admirable
 apoyo para dárselo á tus hijos,
 debe á su brazo vencedor fiarle
 su rayo omnipotente, y á su imperio
 todos los reyes de la tierra darle.

Mas ya que Almasis de nosotros lejos
 el rigoroso fin llora de Rhamnes,
 vamos sus llantos á enxugar continuos.
 La tierra de Gessen, tan abundante,
 os ha dado el monarca por asilo,
 y aquella de Canaan, de los mortales
 celebrada, obtendrá Jacob dichoso
 y su posteridad largas edades.

Se hallará en Madrid en las librerías de Rodriguez y Matute, calle de las Carretas; y tambien los tratados siguientes:

Merope, tragedia francesa traducida. á 4 reales.

La Constitucion francesa del año de 91 que sirvió de base para la española de Cadiz, impresa en el mismo tamaño, á 5 reales. — Va inserta la declaracion de los derechos del hombre y del ciudadano, y las incidencias relativas al juramento y sancion del infeliz Luis XVI, que despues fué condenado á muerte á pretesto de haberla violado.

Extracto de las leyes penales de Pastoret: obra necesaria á los jurisconsultos; un tomo en 8.º á 10 reales en rústica.

Abusos introducidos en la disciplina de la iglesia: quaderno en 4.º á 8 reales.

Reflexiones sobre la ortografia de la lengua castellana, y método de simplificar y fixar su escritura. Propónese la pronunciacion rigurosa como la única regla capaz de fixar todas las variaciones que tantos tiempos hace tienen divididos á nuestros escritores y literatos; y para abrir el camino se practica este mismo método en unas breves y solidísimas ob-

servaciones del señor Gándara insertas en este quaderno para ilustracion de la materia. La Academia española en su última Ortografía y nueva edicion del Diccionario que va á emprender adelanta algunos pasos en esta empresa, la qual probablemente realizarán los españoles, dando á su idioma una perfeccion de que acaso no es susceptible otro ninguno. A 3 reales.

Tratado de la confianza en la misericordia de Dios: un tomo en 8.º á 8 reales en pasta.

